

ZENIT, 5 de septiembre de 2000 EL MUNDO VISTO DESDE ROMA

=====

SANTA SEDE

Cardenal Ratzinger: Si todo es relativo, el cristianismo no tiene sentido

Los creyentes en las demás religiones, ¿se salvan?

Santa Sede: Las religiones no pueden equipararse entre sí

CARDENAL RATZINGER: SI TODO ES RELATIVO, EL CRISTIANISMO NO TIENE SENTIDO

Presentada la Declaración sobre el carácter único de la salvación de Jesús

CIUDAD DEL VATICANO, 5 septiembre (ZENIT.org).- Si todo es relativo, entonces no sólo el cristianismo, sino incluso todas las religiones, no son más que disquisiciones teóricas inútiles. Esta es la conclusión a la que llegó el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, al presentar esta mañana a la prensa la declaración «Dominus Iesus», redactada por el organismo vaticano que dirige, en la que además, se relanza el diálogo ecuménico y entre las religiones sin ambigüedades.

Las religiones no son equiparables «En el vivaz debate contemporáneo sobre la relación entre el cristianismo y las demás religiones --aclaró el cardenal alemán--, se abre camino la idea de que todas las religiones son para sus seguidores caminos de salvación igualmente válidos. Se trata de una persuasión difundida hoy día no sólo en ambientes teológicos, sino también en sectores cada vez más amplios de la opinión pública católica y no católica, especialmente en los más influenciados por la orientación cultural que prevalece hoy en Occidente y que se puede definir --sin temor de ser desmentidos-- con una palabra: relativismo».

Ahora bien, si todo es relativo, si todas las religiones son equiparables, la consecuencia, según constató el cardenal es lógica: «El rechazo a identificar la figura histórica de Jesús de Nazaret con la realidad misma de Dios, del Dios vivo».

Falsa tolerancia

Ratzinger, de 73 años, consideró que la filosofía relativista lleva, en última instancia, a la eliminación de la concepción cristiana de Cristo y de la Iglesia. En efecto, una falsa idea de tolerancia lleva «a marginar a quien se obstina en la defensa de la identidad cristiana y en su pretensión de difundir la verdad universal y salvífica de Jesucristo».

«Esta falsa idea de tolerancia está ligada a la pérdida y a la renuncia a la verdad, que hoy día es experimentada por muchos como una cuestión sin relevancia y de segunda categoría», añadió. Esta tolerancia, que todo lo acepta, y que se despreocupa por la verdad, se disfraza, según desenmascaró el purpurado, por la malformación de conceptos como el de democracia, diálogo o encuentro con las culturas.

¿Religiones relativas?

Este es el punto débil de la cultura contemporánea: al no existir una búsqueda de la verdad, «la fe ya no se distingue de la superstición, y la experiencia de la ilusión». De este modo, aclaró el cardenal que dirige la

Congregación de la Doctrina de la Fe desde hace 19 años, «sin una seria búsqueda de la verdad, el aprecio de las demás religiones se convierte en algo absurdo y contradictorio, pues no existe un criterio para constatar lo que es positivo de una religión, distinguiéndolo de lo que es negativo o fruto de la superstición y el engaño».

Diálogo

Por lo que se refiere al diálogo con las demás religiones, el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, teólogo que alcanzó prestigio mundial ya en el Concilio Vaticano II, precisó que la idea, según

la cual, las religiones del mundo son complementarias a la revelación cristiana «es errónea». Ahora bien, «todo lo que hay de bueno y verdadero en las religiones no debe perderse, es más, debe ser reconocido y valorado. El bien y la verdad, allá donde se encuentre, proviene del Padre y es obra del Espíritu; las semillas del Logos están esparcidas por doquier. Pero no se pueden cerrar los ojos ante los errores y engaños que también están presentes en las religiones».

Por último, concluyó el cardenal Ratzinger, «la estima y el respeto por las religiones del mundo, así como por las culturas que han ofrecido un enriquecimiento objetivo a la promoción de la dignidad del hombre y al desarrollo de la civilización, no disminuye el carácter único y original de la revelación de Jesucristo y no limita ni mucho menos la tarea misionera de la Iglesia».

Magisterio de la Iglesia

Monseñor Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aclaró en la rueda de prensa que cuando el Vaticano publica una «declaración» «no está enseñando nuevas doctrinas, sino que más bien reafirma y resume la doctrina de la fe católica definida o enseñada en documentos precedentes del Magisterio de la Iglesia, indicando su recta interpretación, ante errores o ambigüedades doctrinales difundidos en el ambiente teológico y eclesial de hoy».

Por lo que se refiere a la autoridad de la declaración, monseñor Bertone explicó que «al tratarse de un documento doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe, expresamente aprobado por el sumo pontífice, forma parte del magisterio universal. Por este motivo, aunque no es un acto propio del magisterio del sumo pontífice, refleja sin embargo su pensamiento, pues ha sido aprobado y confirmado explícitamente por el Papa, e indica también su voluntad de que su contenido sea considerado por toda la Iglesia, pues él mismo ha ordenado su publicación».

«Por tanto --concluyó--, a los fieles se les pide su asentimiento de carácter definitivo e irrevocable».
ZS00090508

LOS CREYENTES EN LAS DEMAS RELIGIONES, ¿SE SALVAN?

Responde el cardenal Joseph Ratzinger

CIUDAD DEL VATICANO, 5 septiembre (ZENIT.org).- «¿Cómo es posible explicar a un judío o a un luterano el carácter único de Cristo y de la Iglesia católica». Esta fue la pregunta que planteó un periodista al cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la rueda de prensa de presentación de la declaración «Dominus Iesus», sobre el carácter único y universal de la salvación de Cristo y de la Iglesia.

Al referirse a un judío creyente, el cardenal Ratzinger aclaró que «estamos de acuerdo en que un judío --y esto sirve para los creyentes de las demás religiones-- no necesita conocer o reconocer a Cristo como Hijo de Dios para salvarse, si para ello existen impedimentos insuperables de los que no tiene culpa. Ahora bien, el hecho de que el hijo de Dios haya entrado en la historia, se haya hecho parte de la historia y esté presente como realidad en la historia, afecta a todos».

«Me parece importante explicar --añadió-- que Cristo no huyó al cielo, sino que se ha quedado en la historia». Por este motivo, «podemos decir que la presencia escondida y real de Cristo en la historia nos afecta a todos. Incluso para aquellos que se oponen o no pueden encontrarse con Cristo esto constituye una realidad que transforma la historia. Es algo importante para los demás, sin violar su conciencia».

Al hablar del carácter universal de la salvación de la Iglesia con un luterano, el cardenal Ratzinger precisaría que «todos reconocemos objetivamente que la Iglesia debería ser una, y todos deberíamos desear el volver a encontrarnos en una Iglesia católica renovada en el camino hacia el futuro. Pero esta necesidad objetiva tiene que ser distinguida del estado de conciencia de las personas que aprenden su fe en su comunidad y que en ella se nutren de la palabra de Dios». Este estado de conciencia a algunos cristianos les impide comprender la importancia y necesidad de la unicidad y la unidad de la Iglesia.

ZS00090509

SANTA SEDE: LAS RELIGIONES NO PUEDEN EQUIPARARSE ENTRE SI

Declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe

CIUDAD DEL VATICANO, 5 septiembre (ZENIT.org).- En el agitado debate contemporáneo sobre la relación entre cristianismo y otras religiones, no faltan entre los teólogos católicos quienes afirman que las religiones son caminos igualmente válidos de salvación. En este contexto, la Congregación para la doctrina de la fe, cuyo prefecto es el cardenal Joseph Ratzinger, publica hoy la declaración «Dominus Iesus» sobre el carácter único y universal de la salvación en Cristo y la Iglesia.

El documento, afronta particularmente las teorías relativistas que niegan o consideran superables algunas verdades fundamentales de la fe católica acerca el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesús, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad y universalidad salvífica del misterio de la encarnación, pasión y muerte de Cristo y la mediación salvífica universal de la Iglesia.

Estas teorías se fundan sobre algunos presupuestos de naturaleza filosófica y teológica bastante difundidos. Entre estos, la declaración señala, por ejemplo, la convicción de la imposibilidad de comprender la verdad divina --ni siquiera por parte de la revelación cristiana--; la actitud relativista con relación a la verdad, por la cual, aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; la contraposición radical que habría entre la mentalidad lógica occidental y la mentalidad simbólica oriental;

el subjetivismo exasperado de quien considera a la razón como única fuente de conocimiento; el vaciamiento metafísico del misterio de la encarnación; el eclecticismo de quien, en la investigación teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y compatibilidad con la verdad cristiana; la tendencia, en fin, a leer e interpretar la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

Teniendo en cuenta este debate, la Comisión Teológica Internacional ya había publicado en 1997 un documento, «El Cristianismo y las religiones», que con amplitud de referencias bíblicas y motivaciones teológicas mostraba la falta de fundamento de una teología pluralista de las religiones, afirmando en cambio la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Cristo y de la Iglesia, fuente de toda salvación, dentro y fuera del cristianismo. Sin embargo, dada la enorme y rápida difusión de la mentalidad relativista y pluralista, la Congregación para la Doctrina de la Fe interviene ahora con la presente declaración para reproponer y clarificar algunas verdades de fe.

En concreto, la declaración se articula en seis puntos, que resumen los datos esenciales de la doctrina de la fe católica sobre el significado y el valor salvífico de las otras religiones.

Plenitud y carácter definitivo de la revelación de Jesucristo

Contra la tesis que sostiene el carácter limitado, incompleto e imperfecto de la revelación de Jesús, la cual sería un complemento de la revelación presente en otras religiones, la declaración reafirma la fe católica acerca la plena y completa revelación en Jesucristo del misterio salvífico de Dios. Siendo Jesús verdadero Dios y verdadero hombre, sus palabras y sus acciones manifiestan en modo total y definitivo la revelación del misterio de Dios, aun cuando la profundidad de tal misterio permanece en si mismo trascendente e inagotable. En consecuencia, aunque las demás religiones en ocasiones reflejan un rayo de aquella Verdad que ilumina a todos los hombre (cf. «Nostra aetate», 2), se afirma nuevamente que la calificación de libros inspirados se reserva solamente a los libros canónicos del Antiguo y el Nuevo Testamento, que, en cuanto inspirados por el Espíritu Santo, tienen a Dios por Autor y enseñan con firmeza, fidelidad y sin error la verdad sobre Dios y la salvación de la humanidad. La declaración enseña además que debe ser firmemente retenida la distinción entre fe teologal, que es la acogida de la verdad revelada por Dios Uno y trino, y la creencia en las otras religiones, que es una experiencia religiosa todavía en búsqueda de la verdad absoluta y carente todavía del asentimiento a Dios que se revela.

El Logos encarnado y el Espíritu Santo en la obra de la salvación

Contra la tesis de la así llamada doble salvación: la del Verbo eterno, que sería universal y, por lo tanto, válida también fuera de la Iglesia, y aquella del Verbo encarnado, que estaría limitada solamente a los cristianos, la declaración afirma la unicidad de la salvación traída por el único Verbo encarnado, Jesucristo. Su misterio de encarnación, muerte y resurrección es la fuente única y universal de salvación para toda la humanidad. El misterio de Cristo tiene en efecto una intrínseca unidad, que se extiende desde la elección eterna de Dios hasta la parusía. Jesús es el mediador y redentor universal. Por esto, es asimismo errónea la hipótesis de una economía salvífica del Espíritu Santo investida de un carácter más universal de la economía del Verbo encarnado, crucificado y resucitado. El Espíritu Santo es de hecho el Espíritu de Cristo resucitado, y su acción no se pone fuera o al lado de la acción de Cristo. Se trata, en efecto, de una única economía trinitaria, querida por el Padre y realizada en el misterio de Cristo con la cooperación del Espíritu Santo.

Carácter único y universal de la salvación de Jesús

En consecuencia la declaración reafirma el carácter único y universal del misterio de Cristo, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, la cual tiene en él su plenitud, su centro y su fuente. Ciertamente, la única mediación de Cristo no excluye mediaciones participadas de distintos tipos y orden; estos, sin embargo, obtienen su significado y su valor únicamente de la mediación de Cristo y no pueden entenderse como paralelas o complementarias. Las propuestas de un obrar salvífico de Dios fuera de la única mediación de Cristo resultan contrarias a la fe católica.

Unicidad y unidad de la Iglesia

Jesús continúa su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia, que es su cuerpo. Así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo a pesar de no identificarse entre sí son inseparables, Cristo y la Iglesia no pueden confundirse ni tampoco separarse.

Por ello, en conexión con la unicidad y la universalidad de la mediación salvífica de Jesucristo, se debe creer firmemente como verdad de fe católica la unidad de la Iglesia por él fundada. Los fieles están obligados a profesar que existe una continuidad histórica entre la Iglesia fundada por Cristo y la Iglesia Católica. En efecto, la única Iglesia de Cristo «subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él» («Lumen gentium», 8). En relación a la existencia de numerosos elementos de santificación y de verdad fuera de su estructura visible (cf. *ibid*), o en las Iglesias y Comunidades eclesiales que no están todavía en plena comunión con la Iglesia Católica, es necesario afirmar que su eficacia «deriva de la misma plenitud de gracia y verdad que fue confiada a la Iglesia católica» («Unitatis et reintegratio», 3).

Las Iglesias que no aceptan la doctrina católica del primado del Obispo de Roma permanecen unidas a la Iglesia católica por medio de estrechísimos vínculos, como la sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada. Por eso, también en estas Iglesias está presente y operante la Iglesia de Cristo, si bien falte la plena comunión con la Iglesia católica.

Por el contrario, las comunidades eclesiales que no han conservado el episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, no son Iglesia en sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas comunidades han sido incorporados por el Bautismo a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia católica. «Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación» («Unitatis reintegratio», 3).

Iglesia, Reino de Dios y Reino de Cristo

La misión de la Iglesia es «anunciar el Reino de Cristo y de Dios, y establecerlo en medio de todas las gentes; [la Iglesia] constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino» («Lumen gentium», 5). Por un lado la Iglesia es «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*ibid*, 1), y por lo tanto es signo e instrumento del Reino: llamada a anunciarlo e

instaurarlo. Por otro lado, la Iglesia es el «pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (ibid, 4): ella es así el «reino de Cristo presente ya en el misterio» (ibid, 3), constituyendo de ese modo su germen e inicio. Pueden darse distintas explicaciones teológicas sobre estos temas. Sin

embargo, no se puede en ningún modo negar o vaciar de significado la íntima conexión que existe entre Cristo, el Reino y la Iglesia. En efecto, «el Reino de Dios que conocemos por la Revelación, no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia» («Redemptoris missio», 18).

El Reino de Dios no se identifica, sin embargo, con la realidad visible y social de la Iglesia. En efecto, no se debe excluir «la obra de Cristo y del Espíritu Santo fuera de los confines visibles de la Iglesia» (ibid). Al considerar las relaciones entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, se hace necesario evitar acentuaciones unilaterales, como ocurre cuando se habla del Reino de Dios sin mencionar a Cristo, o se privilegia el misterio de la creación callando sobre el misterio de la redención. En tales casos, se aduce que Cristo no puede ser comprendido por quién no posee la fe cristiana, mientras pueblos, culturas y religiones diversas pueden reencontrarse en la única realidad divina, cualquiera sea su nombre. Así entendido, el Reino termina incluso por marginar y subestimar a la Iglesia. En la práctica se niega la unicidad de la relación que tienen Cristo y la Iglesia con el Reino de Dios.

La Iglesia y las religiones en relación con la salvación

De cuanto se acaba de recordar, derivan también algunos puntos necesarios e irrenunciables para la profundización teológica de la relación que tienen la Iglesia y las religiones con la salvación. Ante todo, debe ser firmemente creído que la «Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia» («Lumen gentium», 14). Esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica universal de Dios; por lo tanto, «es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación» («Redemptoris missio», 9). Para aquellos que no son formal y visiblemente miembros de la Iglesia, «la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. Esta gracia proviene de Cristo; es fruto de su sacrificio y es comunicada por el Espíritu Santo» (ibid, 10).

Sobre el modo en que la gracia salvífica de Dios llega a los individuos no cristianos, el Concilio Vaticano II se limitó a afirmar que Dios la dona «por caminos que Él sabe» («Ad gentes», 7). La teología está tratando de profundizar este argumento. Sin embargo, queda claro que sería contrario a la fe católica considerar a la Iglesia como un camino de salvación al lado de aquellos constituidos por las otras religiones.

Ciertamente, las diferentes tradiciones religiosas contienen y ofrecen elementos de religiosidad, que forman parte de «todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones» («Redemptoris missio», 29). A ellas, sin embargo, no se les puede atribuir un origen divino ni una eficacia salvífica ex opere operato, que es propia de los sacramentos cristianos. Por otro lado, no se puede ignorar que otros ritos no cristianos, en cuanto dependen de supersticiones o de otros errores (cf. 1 Co 10, 20-21), constituyen más bien un obstáculo para la salvación.

Con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido a la Iglesia para la salvación de todos los hombres. Esta verdad de fe no quita nada al hecho de que la Iglesia considera las religiones del mundo con sincero respeto, pero al mismo tiempo excluye esa mentalidad indiferentista «marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que "una religión es tan buena como otra"» («Redemptoris missio», 36). Como exigencia del amor a todos los hombres, la Iglesia «anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas» («Nostra aetate», 2).

Conclusión

La presente declaración ha querido reproponer y aclarar algunas verdades de fe frente a propuestas problemáticas o incluso erróneas.

Al tratar el tema de la verdadera religión, los Padres del Concilio Vaticano II han afirmado: «Creemos que esta única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres, diciendo a los Apóstoles: "Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado (Mt 28, 19-20)." Por su parte todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla» («Dignitatis humanae», 1).

ZS00090507

ZENIT, 6 de septiembre de 2000 EL MUNDO VISTO DESDE ROMA

LA SANTA SEDE RECUERDA QUE LA CLARIDAD AYUDA AL DIALOGO INTERRELIGIOSO

Habla el obispo y teólogo Francesco Lambiasi

ROMA, 6 septiembre (ZENIT.org).- ¿Por qué ha publicado la Santa Sede la declaración «Dominus Iesus», presentada ayer a la prensa por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, en la que se recuerda el carácter único y universal de la salvación en Cristo y su Iglesia?

Monseñor Francesco Lambiasi, obispo de Anagni-Alatri y presidente de la Comisión de los obispos italianos para la doctrina de la fe, ha respondido, en declaraciones al diario «Avvenire», a esta pregunta.

«La declaración llega como anillo al dedo --comenta--, porque mientras el Papa y toda la Iglesia están celebrando un año santo sobre la verdad fundamental del cristianismo, algunos teólogos aquí y allá, en diferentes rincones del mundo, tienden a olvidarlo. Por eso, es justo ser claros y evitar que los fieles se desorienten ante ciertas posiciones».

«En occidente --añade monseñor Lambiasi-- vivimos aún más el peligro que deriva del clima cultural dominante, marcado por el relativismo y la indiferencia. Es indudable que en tiempos del "pensamiento débil", la Iglesia debe recordar que sólo en el nombre de Jesús hay salvación».

Ante los interrogantes de quien considera que estos peligros podrían constituir una piedra en el camino ecuménico, monseñor Lambiasi precisa que no considera que exista esta posibilidad: «Si bien hay algún teólogo que entiende el diálogo entre las religiones como un tratamiento diplomático (como Hans Küng), el documento confirma muy oportunamente que sólo una clara y sólida conciencia de la verdad permite este diálogo. El diálogo implica igualdad de dignidad entre las personas. Pero no igualar los contenidos doctrinales».

Ante las acusaciones de quienes dicen que la declaración implica un paso atrás, monseñor Lambiasi añade: «Una lectura más tranquila del documento permitirá comprender la intención profunda, que no es la de dar un paso atrás en el diálogo ecuménico, sino por el contrario un paso adelante. Basta ver cuántas veces se citan los documentos del Concilio Vaticano II en la declaración. Estoy seguro de que, una vez pasado el momento de las reacciones del primer momento, emergerá con claridad la fidelidad al Concilio».

ZS00090609

EXPONENTES DE LAS RELIGIONES ANTE LA DECLARACION «DOMINUS IESUS»

Critican la teología católica, pero agradecen la claridad

CIUDAD DEL VATICANO, 6 septiembre (ZENIT.org).- Perplejidad, críticas, y reconocimiento de que la Iglesia católica, al declarar su identidad, relanzará el diálogo ecuménico y entre los creyentes de las demás religiones. Estas han sido las reacciones a la declaración «Dominus Iesus», redactada por la

Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el carácter único y universal de la salvación en Cristo, que fue presentada ayer a la prensa por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de ese organismo vaticano.

Desde Gran Bretaña, mientras la reina Isabel está preparando su visita al Papa, prevista para el próximo 17 de octubre, el arzobispo de Canterbury, George Carey, ha afirmado que: «La idea de que la Iglesia anglicana y otras Iglesias no sean Iglesias en el sentido propio de la palabra parece poner en duda los considerables pasos ecuménicos que se han dado». El documento, añade, no refleja el profundo entendimiento que se ha alcanzado, a través del diálogo ecuménico y la cooperación en los últimos 30 años.

La declaración dice en el número 17: «las Comunidades eclesiales que no han conservado el Episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, no son Iglesia en sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas Comunidades, por el Bautismo han sido incorporados a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia».

El primado católico, monseñor Cormac Murphy-O'Connor ha negado, sin embargo, que el documento pueda afectar negativamente al acercamiento ecuménico y asegura que «el objetivo principal de la declaración vaticana consiste en alertar ante la tendencia a considerar como equivalentes todas las religiones».

El reverendo Manfred Kock, presidente del Consejo de la Iglesia evangélica de Alemania, quien recientemente había hablado de la necesidad de reconocer al Papa como figura simbólica unitaria de la cristiandad, afirmó que el documento «Dominus Iesus» representa «un paso atrás para las relaciones ecuménicas».

Kock ha reconocido al mismo tiempo que «la declaración contiene muchas afirmaciones que las Iglesias reformadas podrían aprobar sin reservas, comenzando por la universalidad salvífica de Cristo».

El patriarcado ortodoxo de Moscú, no ha hecho comentarios, pues quiere estudiar antes el documento. Un portavoz del patriarcado se ha limitado a decir que «católicos y ortodoxos tienen una concepción diferente de la universalidad de la Iglesia y este sigue siendo el meollo de la cuestión».

Para el Islam, el problema se presenta de manera idéntica y opuesta. A la primacía de Cristo se contraponen la primacía de Alá. «Para nosotros --afirma Hamza Piccardo, exponente de los musulmanes italianos-- se aplica el versículo del Corán, según el cual se salvará quien crea en Alá y los profetas, uno de los cuales es Jesús».

Amos Luzzatto, presidente de las Comunidades judías de Italia, es conciso: «El cardenal Ratzinger puede hacer todas las acrobacias verbales que quiera, pero en la práctica para los judíos el Nuevo Testamento ni siquiera existe. Además, decir que la única mediación posible para la salvación es Jesucristo, ¿no nos aparta de todo diálogo?».

ZS00090601

JUAN PABLO II: LAS CONDICIONES PARA SEGUIR A CRISTO

El Papa sigue profundizando en los desafíos de la vida cristiana

CIUDAD DEL VATICANO, 6 septiembre (ZENIT.org).- «Las condiciones para recorrer el mismo camino de Jesús son pocas pero fundamentales». Con esta claridad respondió Juan Pablo II a la pregunta

más repetida en la historia por los millones y millones de personas que han abrazado el cristianismo: ¿cómo se puede seguir a Cristo?

De este modo, el obispo de Roma, durante la audiencia general concedida este miércoles en la plaza de San Pedro del Vaticano a unos 40 mil peregrinos, continuó con la serie de meditaciones que está ofreciendo en este Jubileo sobre la vida cristiana, que --como viene repitiendo-- no es un sistema ético, o una serie de principios morales, sino un encuentro personal, único e irrepetible con Cristo.

Borrón y cuenta nueva

Ante todo, explicó, para seguir a Cristo «es necesario dejar detrás de sí el pasado, borrón y cuenta nueva, una "metánoia" en el sentido profundo del término: un cambio de mente y de vida. El camino que propone Cristo es estrecho, exige sacrificio y entrega total de uno mismo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Es un camino que conoce las espinas de las pruebas y las persecuciones: "Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros". Es un camino que hace misioneros y testigos de la palabra de Cristo, pero que exige que los apóstoles no tomen "nada para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja"».

El seguimiento de Jesús, «no es, por tanto, un viaje agradable en un camino llano», afirmó. «En ocasiones, puede encontrar momentos de desaliento hasta el punto de que, en una circunstancia, "muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él", es decir, con Jesús, quien se vio obligado a interpelar a los doce con una pregunta muy concreta: "¿También vosotros queréis marcharos?"».

Transformarse en Cristo

«El discípulo --aclará--, debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe "apropiarse" y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo». Cristo debe entrar en su yo para liberarle de su egoísmo y del orgullo».

En este sentido, citó a uno de los grandes pensadores del cristianismo de todos los tiempos, san Ambrosio: «Que pueda entrar en tu alma, Cristo, que tenga mi morada en tus pensamientos, Jesús, para cerrar todo espacio al pecado en la sagrada tienda de la virtud».

«La cruz, signo de amor y de entrega total es, por tanto, el emblema del discípulo llamado a configurarse con el Cristo glorioso», concluyó el Papa.

ZS00090608

JUAN PABLO II: CRISTO CAMBIA LA VIDA

Intervención del Papa en la audiencia general del miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, 6 septiembre (ZENIT.org).- «La cruz, signo de amor y de entrega total es el emblema del discípulo llamado a configurarse con el Cristo glorioso». Con estas líneas, sintetizó Juan Pablo II en la audiencia general de este miércoles el seguimiento de Jesús al que está llamado todo cristiano. Sus palabras se adentraron en los aspectos esenciales de la vida cristiana. Ofrecemos el texto íntegro pronunciado por el obispo de Roma.

* * *

El encuentro con Cristo cambia radicalmente la vida de una persona, la lleva a la «metánoia» o conversión profunda de la mente y del corazón y establece una comunión de vida que se convierte en

seguimiento. En los Evangelios, el seguimiento se expresa con dos actitudes: la primera consiste en «hacer camino» con Cristo («akoloutheîn»); la segunda, en «caminar detrás» de él, auténtico guía, siguiendo sus huellas y dirección («érchesthai ópiso»). Nace así la figura del discípulo que se vive de diferentes maneras. Hay quien le sigue de una manera todavía genérica y con frecuencia superficial, como la muchedumbre (cf. Marcos 3, 7; 5, 24; Mt 8, 1.10; 14, 13; 19, 2; 20, 29); están también los pecadores (cf. Marcos 2, 14-15); se habla en varias ocasiones de las mujeres que apoyan con su servicio concreto la misión de Jesús (cf. Lucas 8, 2-3; Marcos 15, 41). Algunos reciben una llamada específica por parte de Cristo y, entre ellos, una posición particular es reservada a los doce.

De todas las condiciones sociales

De modo que la tipología de los llamados es muy variada: gente dedicada a la pesca y cobradores de impuestos, honestos y pecadores, casados y personas solas, pobres y bien situados, como José de Arimatea (cf. Juan 19, 38), hombres y mujeres. Se da incluso el caso del Simón el Zelotes (cf. Lucas 6, 15), miembro de la oposición revolucionaria contra los romanos. No falta tampoco quien rechaza la invitación, como el joven rico, que ante las palabras exigentes de Cristo, se entristece y se va acongojado, «pues tenía muchos bienes» (Marcos, 10, 22).

Condiciones para seguir a Cristo

2. Las condiciones para recorrer el mismo camino de Jesús son pocas pero fundamentales. Como hemos escuchado en el pasaje evangélico que acabamos de leer, es necesario dejar detrás de sí el pasado, borrón y cuenta nueva, una «metánoia» en el sentido profundo del término: un cambio de mente y de vida. El camino que propone Cristo es estrecho, exige sacrificio y entrega total de uno mismo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Marcos 8, 34). Es un camino que conoce las espinas de las pruebas y las persecuciones: «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Juan 15, 20). Es un camino que hace misioneros y testigos de la palabra de Cristo, pero que exige que los apóstoles no tomen «nada para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja» (Marcos 6, 8; cf. Mateo 10,9-10).

Las tentaciones

3. El seguimiento no es, por tanto, un viaje agradable en un camino llano. En ocasiones, puede encontrar momentos de desaliento hasta el punto de que, en una circunstancia, «muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él» (Juan 6, 66), es decir, con Jesús, quien se vio obligado a interpelar a los doce con una pregunta muy concreta: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Juan 6, 67). En otra circunstancia, el mismo Pedro fue reprendido bruscamente, cuando se rebela ante la perspectiva de la cruz, con una palabra que, según un detalle del texto original, podría ser una invitación a ponerse «detrás» de Jesús, después de haber tratado de rechazar la meta de la cruz: «¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Marcos 8, 33).

El riesgo de la traición permanecerá al acecho para Pedro que, sin embargo, al final seguirá a su Maestro y Señor con el amor más generoso. De hecho, en las orillas del lago de Tiberíades, Pedro hará su profesión de amor: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Y Jesús le anunciará «la muerte con que iba a glorificar a Dios», añadiendo dos veces: «¡Sígueme!» (Juan 21, 17. 19.22).

El seguimiento se expresa de manera especial en el discípulo amado, que entra en la intimidad con Cristo, recibe el don de la Madre y lo reconoce en la resurrección (cf. Juan 13, 23-26; 18, 15-16; 19, 26-27; 20, 2-8; 21, 2.7.20-24).

La meta

4. La meta última del seguimiento es la gloria. El camino es el de la «imitación de Cristo», vivido en el amor y muerto por amor en la cruz. El discípulo, «debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe "apropiarse" y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo» («Redemptor hominis», n. 10). Cristo debe entrar en su yo para liberarle de su egoísmo y del orgullo, como dice san Ambrosio: «Que pueda entrar en tu alma, Cristo, que tenga mi morada en tus pensamientos, Jesús, para cerrar todo espacio al pecado en la sagrada tienda de la virtud» (Comentario al Salmo CXVIII, carta «daleth», 26).

5. La cruz, signo de amor y de entrega total es, por tanto, el emblema del discípulo llamado a configurarse con el Cristo glorioso. Un Padre de la Iglesia de Oriente, que también es un poeta inspirado, Romano el Melode, interpela así al discípulo: «Tú posees la cruz como bastón, apoya en ella tu juventud. Llévala en tu oración, llévala a la mesa común, llévala en tu lecho y por doquier como tu título de gloria... Dile a tu esposo que se acaba de unir contigo: me echo a tus pies. Dona, en tu gran misericordia, la paz a tu universo, tu ayuda a tus Iglesias, la atención a los pastores, la concordia al grey para que siempre cantemos nuestra resurrección» (Himno 52 «A los nuevos bautizados», estrofas 19 y 22).

Traducción realizada por Zenit.
ZS00090607